

SE trata de una de las encrucijadas geográficas más ambicionadas de Asia, donde, además, se están encontrando los intereses de las grandes potencias y pugnan ya sin tregua marxismo e islamismo. Los cambios de matiz que se operan con celeridad entre los gobernantes marxistas de Kabul no parecen intimidar a las tribus musulmanas rebeldes, que piden ya una "República fundada en el Corán y la Sunna"... al modo iraní.

Golpes y purgas

Todo empezó con el golpe contra el monarca Mohammed Sahir, en julio de 1973. El príncipe Daud, familiar del Rey y antiguo primer ministro, inició un camino lento de reformas y de "no alineamiento" inclinado a Moscú. Una tímida reforma agraria se enajenó definitivamente a los propietarios y figurones tribales, única pauta de vertebración social en un país feudal en todas sus estructuras. No faltaron las querellas con los vecinos Irán y Pakistán, pero Daud demostró capacidad y habilidad para atraerse ayudas económicas de todos los países occidentales y de la mayoría de los productores árabes de petróleo. Incluso Irán colaboró generosamente en la financiación de algunos proyectos. La Unión Soviética, sin embargo, incrementó espectacularmente su influencia, de tal manera que al producirse el segundo golpe, el de abril de 1978, nadie dudaba de que se trataba de una intervención prácticamente directa y descarada en los destinos de Afganistán.

La subida al poder del Consejo Democrático Republicano Popular, a cuyo frente se situó Nur Mohammed Taraki, permitió considerar al Afganistán revolucionario como otro país de la órbita soviética, aunque permaneciera la voluntad formal del no alineamiento y el entrecruzamiento de ayudas y de relaciones. Inmediatamente de asentarse en Kabul los dirigentes de la "revolución de abril", se inició la rebelión musulmana en las provincias



Hafisula Amin, autor del golpe y nuevo hombre fuerte de Kabul.

Entre feudalismo, islamismo y comunismo

Afganistán, cruce de caminos

F. COSTA MORATA

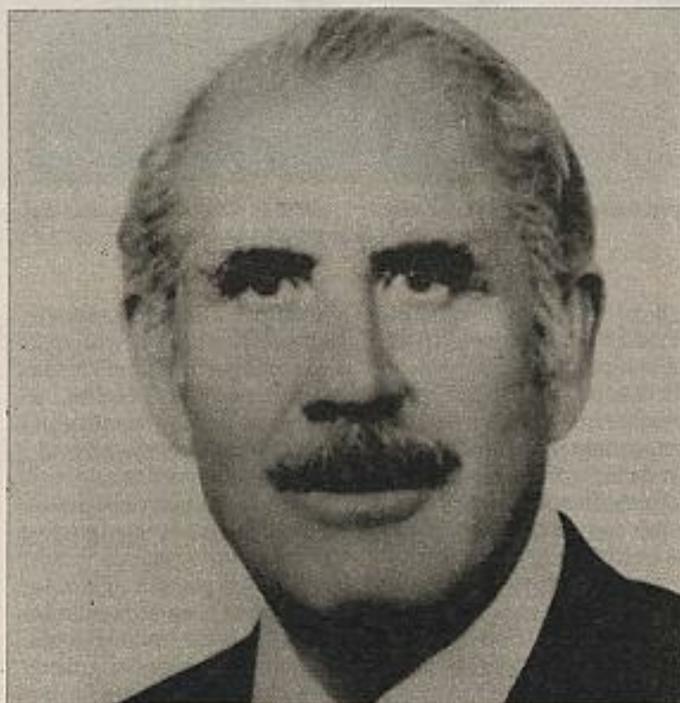
más alejadas, fronterizas o montañosas. En poco tiempo, a lo largo de 1978 y de 1979, la rebelión ha inundado todo el país, pudiéndose afirmar que el poder central no controla más del 20 por 100 del territorio, aunque en este espacio está incluida la mayoría de la población.

El nuevo Gobierno designado tras el golpe de abril contaba como viceprimer ministro a Hafisula Amin, el triunfador del siguiente golpe que ocupaba también la cartera de Relaciones Exteriores. Prácticamente, los cuadros del Partido Comunista afgano se habían hecho con el poder, en cuya cúspide se situaba, precisamente, el secretario general del partido, clandestino hasta entonces.

Taraki, sin embargo, no dejó de mostrarse relativamente independiente de Moscú y realista frente a las dificultades de todo tipo que surgían en un país como Afganistán, con un 98 por 100 de población campesina y una vin-

culación muy estricta al Islam sunnita. Para hacer frente a las tendencias más prosoviéticas, decidió eliminar del poder al vicepresidente del

Consejo de la Revolución, Babrak Kernal. Para frenar el aventurismo "nacionalista-izquierdista", le arrebató las competencias de Defensa al



Taraki: asesinado a su regreso de Moscú.

general Abdel Kader, el autor material del golpe de abril. Los problemas, desconfianzas y rivalidades dentro de los dirigentes permitieron el desarrollo espectacular de la guerrilla musulmana, relanzada al mismo tiempo que Irán se convertía en una República teocrática.

Clanes y tendencias

A la cuestión religiosa planteada entre gobernantes y tribus en rebeldía (y apoyadas en Pakistán, como retaguardia, además de en la

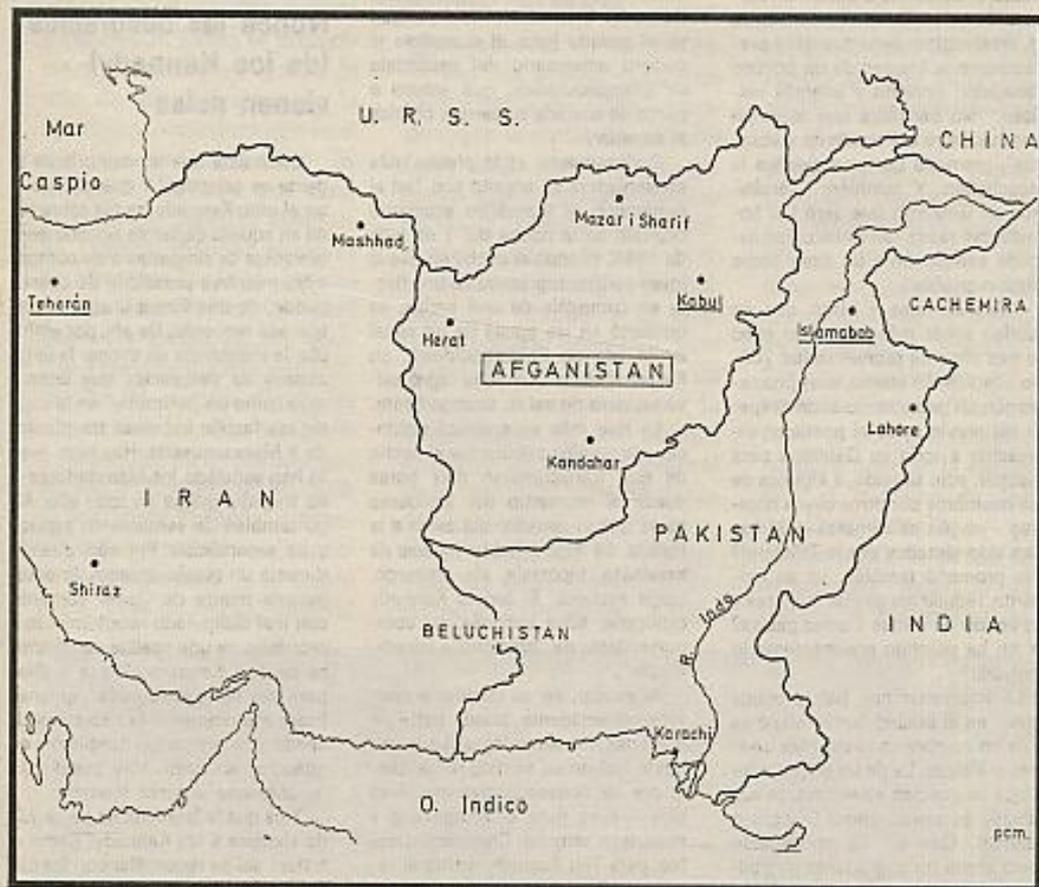
dos por Taraki del poder. En 1977 ambas fracciones comunistas se habían unido para preparar el asalto al poder, bajo la dirección de Taraki, pero la lucha de influencias y los distintos modelos para llevar adelante la revolución ocasionaron la crisis y el alejamiento de todos los dirigentes procedentes de la rama Parcham.

Antes de que se produjera el golpe reciente de Hafisula Amin, los intentos de golpe militar habían proliferado (y nada asegura que no vayan a continuar); en marzo, abril y

hasta el punto de que el país más bien parecía gobernado por el primer ministro, por otra parte calificado de doctrinario marxista y político duro. Había lucha por el poder, había ambiente de golpe permanente, había progreso en la sublevación y había impaciencia e incomodidad en la Unión Soviética. La única alternativa a este callejón peligroso era desplazar a Taraki (cuya muerte, anunciada en un principio, ha sido después desmentida por Amin) y probar otra opción, todavía indefinida y, desde luego, tan pro-

que vienen del Norte son ahora el único respiro para un régimen asediado por el integrismo musulmán y la hostilidad en las demás fronteras. Paradójicamente, las relaciones entre Afganistán monárquico y Moscú eran excelentes, y ni siquiera había motivos para que los Estados Unidos se alarmaran o prodigaran advertencias, como hacen desde el golpe de Taraki. Con los pro soviéticos en el poder, todo se ha complicado, hasta el punto de que la crisis afgana se ha convertido en una cuestión interna para la Unión Soviética, que tiene sus repúblicas musulmanas ceñidas a la frontera Norte —inmensa— de Afganistán. La irremediable tendencia centrífuga de las poblaciones de mayoría islámica del Asia Central soviética, y su rechazo político, no pueden más que acentuarse en la medida en que el apoyo de Moscú contra las tribus musulmanas siga prodigándose o entre en una crisis "tipo Vietnam".

Según todos los indicios, el golpe de Amin ha sorprendido a Moscú, que, por otra parte, no ha tardado en garantizar su apoyo a los nuevos dirigentes. No hay otra solución frente a la actual crisis que renovar los gobernantes y dar opción a los sublevados a algún acuerdo con el poder central. Amin ha ofrecido amnistía, que ha sido rechazada inmediatamente por los jefes religiosos y los líderes de las formaciones agrupadas en la oposición guerrillera. Los soviéticos han movido sus tropas a lo largo de su frontera con Afganistán, lo que, aparte de suponer un gesto de apoyo a Amin, contribuye a enardecer los sentimientos antimarxistas y antisoviéticos, largamente asentados entre el pueblo. La solución militar es prácticamente imposible en un país como éste, rodeado, además, de Gobiernos recelosos y hostiles. Todas las posibilidades de que Afganistán recorra el camino hacia el comunismo que desearían dirigentes y protectores soviéticos, parecen reducirse a la poco practicable vía de la aniquilación militar de la guerrilla. ■



"simpatía" declarada por Jomeini) se ha unido la puramente política e ideológica en el seno de los comunistas afganos, divididos en dos tendencias dificultosamente soldadas. Taraki fue el fundador, en 1964, del Partido Democrático Popular, llamado comúnmente Jalk (pueblo), pero en 1972 se produjo una escisión importante y se creó el Parcham (bandera), más duro, cuyo jefe era Babrak, uno de los primeros elimina-

agosto de este año, distintas rebeliones militares, casi todas en la capital, han ido acabando mal, provocando nuevas purgas, pero Taraki había perdido gran parte de su prestigio e influencia. La ascensión de Amin a la cúspide del poder no ha extrañado, si se considera que el "número dos" del régimen había empezado a moverse hábilmente —resistiéndose a la acumulación de poderes en Taraki con pretextos antirrebelión—,

blemática como la que hasta ahora se ha aplicado.

Difícil papeleta para el vecino soviético

Según datos occidentales, son varios los centenares de soldados y asistentes soviéticos que han caído en manos de la rebelión o en los diversos intentos de golpe militar. Los suministros y el apoyo